

ANDALUCÍA EN EL LIBRO III DE LA GEOGRAFÍA DE ESTRABÓN

Tomás Gutiérrez Forero

Cuando Estrabón escribió sus diecisiete libros dedicados a explicar a los líderes políticos de su tiempo la geografía del territorio conocido hasta entonces, el mundo se circunscribía, casi de forma exclusiva, a un mar, el “mare nostrum”, y a las tierras ubicadas en sus orillas. Poco más.

Estrabón fue un geógrafo griego, romanizado, coetáneo de Jesucristo (64 a.C. - 24 d.C.). Su voluminosa obra nos ha dejado la más amplia perspectiva sobre cómo era el mundo hace dos mil años. No solamente desde el punto de vista geográfico (dibujo de la tierra) sino también etnográfico (estudio y descripción de los pueblos). Contiene informaciones diversas y detalladas sobre los diferentes territorios reseñados, el clima y su influencia en la forma de ser de los pueblos que lo habitaban, la vida y el comportamiento social de sus moradores, junto a la evolución que experimentaron una vez hubieron conocido la “pax romana”.

Mediante un amplio trabajo nos lleva desde los territorios situados al oriente del Mediterráneo hasta aquellos que se encontraban en los límites del mundo conocido, más allá de las columnas de Hércules. Y es precisamente en su libro III, dedicado a Iberia, nombre con el que designaban los griegos a la actual Península Ibérica, donde encontramos numerosas y detalladas referencias sobre unas tierras bañadas por un río que les imprime carácter, tierras que ahora conocemos con el nombre de Andalucía.

Su Geografía de Iberia marca para siempre la imagen de la península desde su más remota antigüedad. Muchos escritores e investigadores han necesitado beber de esa fuente para comprender mejor el desarrollo del occidente mediterráneo en la historia. Y siempre suelen encontrar un punto en común: hace dos mil años, Iberia -que empezaba a ser conocida en el mundo latino con el nombre de Hispania- está formada por dos territorios bien diferenciados a los que nuestro autor distingue con precisión y cuidado. Por un lado, el constituido por pueblos de etnia celta -cuyos miembros proceden de La Galia- por otro, los situados al sur -autóctonos- a los que diferencia y trata de una forma bien distinta.

Estrabón nos describe un territorio llamado Turdetania como tierra exuberante provista de toda clase de riquezas, habitada por unos pueblos en extremo cultos y civilizados, dotados de leyes con seis mil años de antigüedad, en contraposición a las tribus situadas al norte de este territorio cuyas características sociales eran muy opuestas a las descritas. Igualmente, nos explica

el por qué de una constante presencia extranjera, debida, sobre todo, a la desunión del pueblo turdetano. Podemos comprobar que, de entonces aquí y en lo que hace referencia a nuestra forma de ser, poco han cambiado las cosas.

A partir de Iberia, según los historiadores antiguos, no había nada que mereciera la pena contar, porque, como ya advertía Polibio en su relato sobre la II Guerra Púnica, *“...no existen ni pueblos ni accidentes dignos de mención”*.

Estrabón es aún más explícito. Nada más iniciar su trabajo -capítulo 1.2-, y como ya decíamos anteriormente, divide Iberia en dos zonas bien diferenciadas. El norte, frío y pobre, el sur, fértil y paradisíaco. Las descripciones que hace de los distintos territorios bien podrían ser firmadas por el más recalci-trante nacionalista andaluz.

“Su primera parte, como ya dijimos, la occidental, es Iberia. De ésta, la mayor parte de su territorio está poco habitado: pues consiste sobre todo en montañas, bosques y llanuras de suelo pobre y ni siquiera regado de manera uniforme; la parte situada al norte es muy fría además de escarpada y se halla situada junto al océano, a lo que se añade su aislamiento y su falta de relación con las demás partes, de manera que destaca por las difíciles condiciones de su habitabilidad. Estas partes son tales como decimos. En cambio la parte sur es casi toda ella fértil, sobre todo la situada más allá de las Columnas. Esto será evidente en cada uno de los capítulos subsiguientes; después de que hayamos descrito antes su forma y su extensión”.

No se ha comenzado aún a contar los años tal como los conocemos hoy en día y ya nos encontramos con una división de la península Ibérica: Turdetania, civilizada, el resto, salvaje.

La zona costera atlántica, a partir de las Columnas de Hércules, no fue explorada por los romanos hasta que el general Décimo Junio Bruto las recorrió en el siglo II a.C. Cuando nuestro autor habla del Promontorio Sagrado (Cabo San Vicente) nos lo define como *“el punto de referencia más occidental no sólo de Europa sino también de toda la tierra habitada”*.

La zona interior, Celtiberia, a cuyos habitantes acusa de practicar el bandidaje a pesar de vivir en una tierra fecunda que escasamente aprovechan, son consideradas un territorio hostil e incivilizado. Para Estrabón la barbarie en que viven está justificada por la guerra y el aislamiento. Cuando habla de los pueblos situados en la cornisa cantábrica llega a decir que se lavan con orina. Refiere que *“su condición incivilizada y salvaje no se ha producido sólo por el hecho de hallarse en guerra, sino también a causa del aislamiento: en efecto la travesía por mar y los caminos para llegar hasta ellos son largos, y como las comunicaciones resultan difíciles han perdido la sociabilidad y los sentimientos humanitarios”*. Por ello, la llegada de los invasores romanos representa un antes y un después, ya que el emperador Augusto *“no sólo los ha pacificado, sino que incluso algunos de ellos los ha hecho gobernables”*.

La Geografía de Estrabón incide, particularmente, en las regiones más cercanas a las costas mediterráneas. Sin embargo, trata cada una de ellas de una forma muy diferente. Las citas a pueblos o ciudades se limitan a reflexionar sobre su posible conocimiento por el pueblo griego, sin poder compararse al detallado análisis que realiza sobre la cultura y economía de la Turdetania; asimismo, no hace mención alguna a sus estatutos jurídicos, si exceptuamos el tratamiento dado a Ampurias.

La división de la península Ibérica en dos territorios completamente diferenciados no se hace únicamente por la distinta orografía que muestran, idea ya indicada nada más iniciar su trabajo, sino que en el capítulo 4.16 vuelve a incidir en el mismo tema, pero en este caso contraponiendo los cultivos de la Turdetania, propios de la costa mediterránea y su ausencia en las tierras situadas más al norte y al interior.

“El litoral ibérico que da a nuestro mar abunda en olivos, viñedos, higueras y otros cultivos semejantes, en cambio el litoral del mar exterior, su parte septentrional que bordea el océano, carece de estos productos a causa del frío, y el resto en su mayor parte a causa de la indolencia de sus habitantes y por el hecho de que no llevan una vida ordenada sino más bien impulsada por la necesidad y el instinto animal con costumbres viles. A no ser que se considere una vida ordenada el hecho de lavarse con orina que se ha dejado envejecer en cisternas y de limpiarse los dientes (tanto los hombres como las mujeres), como se dice que hacen los cántabros y sus vecinos”.

Con anterioridad ya había insistido sobre el mismo tema. *“Todos los habitantes de la montaña son frugales, beben agua, duermen sobre el suelo y dejan que el cabello les cuelgue hacia abajo a la manera de las mujeres .../... utilizan durante dos partes del año las bellotas de encina, las dejan secar y las trituran, luego las muelen y fabrican un pan que se conserva durante tiempo”.* Expone su sorpresa cuando, al hablar de los banquetes en los que apenas se consume vino y sí abundante cerveza, destaca que *“en lugar de aceite usan mantequilla”.*

Tampoco muestra una opinión favorable cuando trata sobre la autosuficiencia de los pueblos bárbaros lo que propiciaba su fácil conquista, añadiendo que, *“Esta autosuficiencia alcanzó su máximo apogeo entre los iberos, que sumaban a ello su pérfido carácter y su falta de honestidad: pues en efecto eran agresivos y prestos al bandidaje por su forma de vida, pero sólo se atrevían a pequeñas acciones, en cambio no abordaban grandes empresas debido al hecho de que no constituyeron grandes potencias ni confederaciones”.* (Capítulo 4.5)

Podemos observar una diferencia muy importante entre el tratamiento que dispensa a la Turdetania y el que da a los territorios emplazados más al norte, tanto en la costa mediterránea como en la cantábrica. La referencia a las ciudades turdetanas construidas en la costa -agrupadas a veces con el significativo título de *“urbes poderosas”*- se repite para las ubicadas más al interior, principalmente las edificadas alrededor del caudaloso río Betis, sin em-

bargo no hace lo mismo con las situadas en el interior de la costa mediterránea septentrional.

Aún más, de forma explícita llama ciudades (del latín *civitas*) a los lugares donde vivía el pueblo turdetano, en contraposición a las aldeas (en griego *komai*) habitadas por los celtíberos.

Los elogios hacia la Bética son constantes. En el capítulo 1.6 después de hablar de las tierras lindantes con ella aclarando que es un *“territorio moderadamente fértil”*, nos dice: *“Pero el que viene a continuación, situado hacia el este y el sur, no deja lugar a la exageración cuando se lo compara con toda la tierra habitada a causa de su cualidad y de los bienes que producen tanto la tierra como el mar. Pues éste es el territorio que atraviesa el río Betis”*.

Igualmente, muestra Turdetania como un bloque, una unidad, un pueblo, a pesar de reconocerle diferentes nombres y a pesar de señalar sus divergencias, debidas más al carácter de sus habitantes que por su pertenencia a etnias enfrentadas. En el mismo capítulo anterior realiza la presentación del pueblo turdetano.

“Denominan a este territorio Bética a partir del nombre del río, y Turdetania por sus habitantes. A los que habitan allí los denominan turdetanos y túrdulos, unos consideran que se trata del mismo pueblo, otros que de dos diferentes; en la actualidad sin embargo no parece que exista diferencia alguna entre ellos. A los turdetanos se les considera los más sabios de los íberos: pues no sólo utilizan la escritura sino que poseen crónicas y poemas de antigua tradición, y leyes versificadas de seis mil años”.

Sin embargo, cuando habla de Celtiberia nos presenta un territorio fraccionado y sin cohesión alguna, ni social, ni cultural, ni humana. En el capítulo 4.19 nos lo expone con total claridad.

“Así pues algunos afirman que este territorio está dividido en cuatro partes, como dijimos, otros en cambio afirman que en cinco. No es posible ser muy preciso en estos pueblos a causa de los cambios que se han producido y de la falta de renombre de estas regiones. Pues en los pueblos más conocidos y reputados se conocen las migraciones y las distribuciones del territorio y los cambios de denominación y cualquier otra cosa similar: pues son objeto de mención por parte de muchos y especialmente por los griegos, que se han convertido en los más locuaces de todos en estas cuestiones. Pero en lo que respecta a los pueblos bárbaros, alejados, pequeños y dispersos, las menciones existentes no son seguras ni numerosas; pues cuanto más lejos quedan de los griegos más aumenta la ignorancia”.

En contraposición a esta carencia de datos, a esta falta de interés, la costa atlántica andaluza es descrita con gran detalle en los capítulos 1.7, 1.8 y 1.9. Inicia su periplo en las columnas de Hércules llevándonos hasta la desembocadura del Guadiana.

“El mar atlántico penetra entre este litoral, en el que desembocan el Betis (Guadalquivir) y el Anas (Guadiana), y los confines de la Maurusia (Marruecos y Argelia) y forma el estrecho de las Columnas (Estrecho de Gibraltar), por el que el mar interior se une al exterior. Allí se halla una montaña de los íberos llamados bastetanos; se llama Calpe (Gibraltar) no es muy grande de perímetro, pero sí de altura y está cortada a pico, de manera que desde la distancia parece que tiene forma de una isla. Así, para quienes navegan desde nuestro mar hacia el exterior, la montaña queda a la derecha y junto a ella a unos cuarenta estadios (7,5 kilómetros) se encuentra la ciudad de Calpe (¿Carteya, San Roque?), digna de consideración y antigua, que fue un tiempo puerto de los iberos .../... A continuación se halla Menlaria (¿Tarifa?), que posee salazones, y después de ésta, la ciudad y el río de Belón (Baelo Claudia-Bolonia) .../... Después se encuentra Gades (Cádiz), una isla separada de Turdetania por un reducido estrecho .../... Luego se halla el llamado Puerto de Menesteo (Puerto de Santa María) y el estero de Asta (Mesas de Asta, Jerez) y de Nabrisa (Lebrija) .../... Allí en algún lugar se encuentra el Oráculo de Menesteo, también se alza la Torre de Cepión (¿Chipiona?) sobre unas rocas batidas por las olas .../... A continuación se encuentra la desembocadura que permite remontar el Betis, la ciudad de Eboúra y el santuario de la diosa Loukemdoubían”.

Nos muestra fehacientemente la existencia de unas ciudades consolidadas, unidas entre sí, aunque no cerradas a los contactos con el exterior, con un comercio fluido entre ellas y los visitantes extranjeros, dotadas de leyes, con una organización social afianzada y habitadas por un pueblo pacífico.

Al inicio de su capítulo segundo podemos observar una descripción más etnológica y etnográfica, esto es, nos presenta un país, una nación que no sólo tiene una geografía definida, sino que también posee una historia y una cultura. Encontramos aquí la clave del tratamiento que otorga Estrabón a Turdetania. Nos enseña, tanto su evolución en el tiempo como los procesos que impidieron o retrasaron esa evolución. Un desarrollo en el que influyeron tanto las condiciones naturales del territorio como la voluntad de sus habitantes. Y un avance o retroceso en el que igualmente fue esencial la actuación de los pueblos invasores.

Comienza con la descripción de los límites físicos basados en un razonamiento muy común en la geografía de entonces: en primer lugar, el pueblo que vive en el territorio y en segundo lugar la circunstancia geográfica que ha motivado la presencia estable de ese pueblo. O sea, en primer lugar los turdetanos y a continuación el río Betis. Por ello, los límites que establece para Turdetania difieren algo con los de la Bética romana.

“La Turdetania que atraviesa el río Betis se extiende hacia el interior del litoral de este lado del Anas. El río Anas la delimita hacia el oeste y el norte, y una parte de los carpetanos y los oretanos hacia el este, hacia el sur aquellos de los bastetanos que habitaban el estrecho litoral situado entre Calpe y Gades, y el mar que viene a continuación hasta el Anas (los bastetanos que mencionamos también pueden incluirse dentro de la Turdetania y los que habitan más allá del Anas y muchos otros de los pueblos limítrofes). El tamaño

de este territorio en longitud y anchura no es mayor de dos mil estadios, pero las ciudades son muy numerosas (se afirma que hay incluso doscientas)”.

Pudiera parecer una exageración hablar de doscientas ciudades -cuando anteriormente ha diferenciado muy claramente entre ciudades y aldeas- pero la apreciación de nuestro autor no admite dudas, aunque aceptemos también una cierta afinidad y simpatía hacia la tierra reseñada. Nos presenta una organización urbana totalmente consolidada, elaborada y endógena como la base de su identidad. No se trata de un pueblo salvaje sometido a la potencia y cultura romana por la fuerza, estamos ante una sociedad con su propia idiosincrasia que impregna fuertemente a los invasores a la vez que absorbe los elementos sociales, culturales y económicos traídos por la romanización.

Comienza ahora la descripción de los principales centros humanos. En primer lugar, nos indica su localización y comunicación con otras localidades, su extensión y número aproximado de habitantes, la posición social y riqueza de éstos, así como su grado de cultura y la posible tenencia de algún rasgo identitario.

Inicia su periplo en Corduba, asegurando que *“A continuación de ésta y la de los gaditanos es también importante Hispalis, también ella colonia de los romanos; pero en la actualidad subsiste como lugar de intercambio, pues en distinción la supera Betis por el hecho de haber acogido recientemente a soldados de César”*. Dejando a un lado esta enigmática ciudad -que bien pudiera ser el actual barrio de Triana-, nos lleva a Itálica, Ilipa, Astigis, Carmo, Obulco, Munda, Ategua, Urso, Tucci, Ulia y Egua. Todas ciudades y todas importantes.

Prosigue describiendo el valle del Betis, -capítulo 2.3- sorprendido por la cantidad de ciudades que lo pueblan. La navegación y el comercio entre distintos pueblos que la misma posibilita, son considerados como la principal causa que hace viable el intercambio de culturas y la desaparición de la barbarie. Así, el conocimiento de una tecnología avanzada en la construcción naval (heredada de Tartessos, cuyos barcos de enorme calado son destacados hasta en la Biblia) permite al pueblo turdetano alcanzar un alto grado de civilización por ellos mismos sin necesidad de aportaciones ajenas y mucho antes de la llegada de los romanos.

“Las riberas del Betis están densamente habitadas y es posible navegar corriente arriba hasta casi mil doscientos estadios desde el mar hasta Corduba y las regiones situadas un poco más río arriba. Efectivamente tanto las tierras situadas junto al río como los islotes ubicados a lo largo de su curso están cultivados con esmero; también se añade a esto el placer del espectáculo, ya que los terrenos están adornados con bosquecillos y otros tipos de cultivos”.

En el capítulo 4.2 persiste en su reseña, aunque la hace discurrir en sentido contrario.

“A partir de Calpe se halla la cadena montañosa de la Bastetania y de los oretanos con un bosque frondoso y grandes árboles, que delimita el litoral

de las tierras del interior; en muchos lugares de allí también existen minas de oro y de otros metales. La primera ciudad en este litoral es Malaca, que dista de Calpe lo mismo que Gades. Es un mercado para los nómadas de la costa de enfrente y tiene grandes saladeros .../... después de ésta se halla Abdera, también fundación de los fenicios. Más hacia el interior de estas regiones, en la zona montañosa, puede verse Odisea y en ella el santuario de Atenea, como han afirmado Posidonio, Artemidoro y Asclepiades de Mirlea, un individuo que enseñó letras en la Turdetania y ha publicado una descripción de los pueblos de esta zona”.

Bien, detengamos un momento la transcripción y reflexionemos. ¿Continúa exagerando Estrabón o nos muestra únicamente aquello de lo que tiene constancia fehaciente? ¿Está presente la hipérbole positiva en el relato sobre Turdetania y posteriormente la utiliza en sentido contrario cuando habla del resto del territorio? ¿Describe un pueblo incivilizado y salvaje al norte y luego asegura que un individuo enseñó letras en la Turdetania? ¿Quiere agradar a los nuevos mandatarios romanos exagerando sus avances o no tiene razón de ser esta adulación porque se trata de un territorio y un pueblo que ya poseían unas condiciones excepcionales antes de la invasión romana? Volviendo al capítulo 2, en su apartado 4, encontramos de nuevo estos extremos.

“Pero la propia Turdetania disfruta de una prosperidad admirable. Como produce de todo y en grandes cantidades duplica sus beneficios con la exportación: pues vende con facilidad en el exterior los excedentes de sus productos por la cantidad de navíos fletados”.

En el capítulo siguiente, 2.5, continúa citando distintas ciudades, varias de ellas terminadas en onoba, sufijo usado ampliamente por los turdetanos. Claramente se puede observar que los topónimos son originarios del territorio.

“Así pues, los habitantes del país, como han observado la naturaleza de estas regiones y que los esteros podían prestar los mismos servicios que los ríos, fundaron ciudades poderosas en sus orillas y otros establecimientos, al igual que junto a los ríos: entre estas figuran Asta, Nabrisa, Onoba, Osonoba, Menoba y muchas otras. Se añaden también canales que han surgido en algunos lugares, ya que existe comercio frecuente y en diversas direcciones, tanto hacia el interior como hacia el exterior”.

De nuevo incide en las producciones de la Turdetania recalcándolas en el capítulo 2.6. Y destacando su abundancia y calidad. Trigo, vino y aceite, junto a otros productos menos básicos (como la cochinilla, insecto del que se obtenía el rojo púrpura, usado por reyes, emperadores y dignidades eclesiásticas, llegando a dar nombre -grana- a las principales zonas de producción), constituyen las principales exportaciones de la Bética a Roma. También señala que los astilleros usan únicamente madera local (algo que se ha mantenido durante siglos hasta la gran desertización a partir de la conquista castellana, motivada por la necesidad de construir barcos destinados, tanto para las necesidades bélicas como para los desplazamientos al Nuevo Mundo). Subraya, igualmente, la ausencia de animales dañinos, a excepción de las liebres.

“Desde Turdetania se exporta trigo y vino en cantidad así como aceite (no sólo abundante sino también de una gran calidad); también se exportan cera, miel, pez, una gran cantidad de cochinilla y minio no inferior al de la tierra de Sínope; los astilleros se mantienen allí con madera local. Se dan también entre ellos sales minerales y no son escasas las corrientes de aguas saladas. Tampoco lo son las salazones de pescado, no sólo de esta región sino del resto del litoral de más allá de las Columnas, y no son de peor calidad que las del mar Negro. .../... El tamaño y la cantidad de sus barcos pone de manifiesto la abundancia de los productos exportados desde Turdetania: pues sus enormes naves mercantes navegan hacia Dicearquía (cerca de Nápoles) y Ostia (el puerto de Roma), y por su número poco falta para que sean comparables a la flota libia”.

El trigo, el vino y, sobre todo, el aceite constituían la base para el mantenimiento de la maquinaria bélica romana. Recordemos que el salario a sus legiones se abonaba en buena parte con especies, en las que la sal y el aceite tenían un rol determinante. El papel que la Turdetania juega aquí, aportando al imperio su riqueza agrícola y metalúrgica está corroborado fehacientemente por diversos autores. Así, la posición y la dignidad de nuestros antepasados se acrecienta a medida que tenemos más datos y conocemos su aportación al desarrollo de la civilización en la antigüedad.

Hablamos de riqueza agrícola y metalúrgica, pero no podemos olvidar la pesca. Ahora que nuestros barcos pesqueros necesitan acudir a caladeros lejanos para cubrir su producción, estremece leer el capítulo 2.7. En la Andalucía de hace dos mil años todo es superlativo.

“Aunque el interior de la Turdetania es así, también podría considerarse similar su litoral por los bienes que obtiene del mar. Pues en todo el mar exterior sobresale la cantidad y el tamaño de todo tipo de ostras y almejas, pero especialmente allí, porque las pleamares y las bajamares son mayores, y es lógico pensar que sean las responsables no sólo de la cantidad sino también del tamaño a causa del ejercicio que provocan. Algo similar sucede con respecto a todos los cetáceos, orcas, ballenas y cachalotes (cuando exhalan el aire producen a los que miran de lejos la visión de una columna nebulosa). También los congrios parecen monstruos, ya que sobrepasan en tamaño a los que se encuentran en nuestras regiones, y también son mayores las morenas y el resto de estos peces (se dice que en Carteya existen buccinos -pequeño caracol marino con cuya tinta se teñían telas- y múrices -molusco que igualmente segrega una sustancia que permitía obtener el color púrpura- de diez cotillas -2,40 litros- y en las regiones más exteriores la morena y el congrio pesan más de ochenta minas -más de treinta y seis kilos-, el pulpo un talento -veintisiete kilos y medio- y los calamares y especies similares dos codos -cerca de un metro-). También es grande el número de atunes que confluyen aquí procedentes del litoral exterior; son gordos y gruesos”.

¿Hipérbole? Pues en el capítulo siguiente nuestro autor sube un grado más su apreciación cuando nos habla de las inagotables minas andaluzas.

“Pero a pesar de que el mencionado territorio produce tantos bienes, no se maravillaría uno menos sino aún más, especialmente al conocer la prodigalidad de sus minas. Pues todo el territorio de los iberos está repleto de semejantes recursos, pero no todo el territorio es así de fértil y próspero, y en particular el que abunda en minas; es raro que una región abunde en ambas clases de recursos, y raro también que una misma región en un territorio reducido abunde en toda clase de metales. Pero Turdetania y las comarcas vecinas no permiten encontrar la palabra adecuada a los que deseen ensalzar esta prodigalidad. Pues nunca se ha podido encontrar hasta ahora en ninguna parte de la tierra que se produzca ni tanta cantidad de oro, de plata, de cobre o de hierro, ni de tanta calidad”.

Recuerda las minas del Laurión, en la región del Ática ateniense, famosas por el afán con que trabajaban los mineros y al compararlos con los autóctonos afirma textualmente *“que el afán y la laboriosidad de los turdetanos resulta similar”*. Por lo visto hace dos mil años la fama de los andaluces era muy diferente a la que tienen ahora.

En contraposición a esta forma de ser meridional, cuando nos habla de la septentrional su relato cambia.

“Así pues se dice que los lusitanos son hábiles en las emboscadas, propicios al espionaje, vivos, ligeros, ágiles en las maniobras; y que tienen un escudo pequeño de dos pies de diámetro, cóncavo por delante, sujeto con correas porque no tiene empuñadura ni asas; además llevan un puñal o un cuchillo .../... los infantes levantan también grebas, y cada uno de ellos numerosos venablos; algunos usan incluso lanza .../... son aficionados a los sacrificios, y examinan las entrañas sin necesidad de extraerlas .../... amputan las manos de los prisioneros y consagran las diestras a los dioses”.

En distintas ocasiones más nos relata las costumbres guerreras de los pueblos norteños. Y entonces observamos algo que hasta ahora habíamos pasado por alto. ¡Cuando habla de Andalucía nada dice sobre cuestiones guerreras, tampoco sobre sacrificios! ¡Estrabón nos ha mostrado un pueblo humano y amante de la paz frente a otros brutales y guerreros sin que nos hayamos percatado de ello!

En el capítulo 4.20, incide de nuevo sobre la división de Iberia en dos zonas bien diferenciadas, efectuada ahora por los conquistadores romanos. Por un lado la civilizada Bética, perteneciente al pueblo y sin problemas de convivencia, por otro, el resto del territorio, indómito, propiedad del César y controlado por un gobernador consular al mando de un numeroso ejército.

“En la actualidad, de las provincias asignadas por una parte al pueblo y al senado, y por otra al emperador de los romanos, la Bética le corresponde al pueblo y se envía a ella un pretor junto con un cuestor y un legado; su límite hacia oriente se ha establecido en las proximidades de Kastáonos. El resto es propiedad del César, y se envían dos legados, uno pretoriano y el otro consular; el pretoriano tiene a su vez otro legado a su cargo para administrar justicia a los lusitanos que lindan con la Bética y se extienden hasta el río Duero y su

desembocadura; el resto, que es la mayor parte de Iberia, se halla bajo el mando de un gobernador consular que cuenta con un ejército considerable de tres legiones y tres legados”.

Ya anteriormente, y como colofón a su capítulo 2.15, nos muestra a una paradisíaca Turdetania que ha tenido el valor de incidir en sus salvajes vecinos civilizándolos y equiparándolos a su desarrollado conocimiento. A su vez ha asimilado la cultura romana aportándole los valores propios autóctonos. A las excepcionales condiciones naturales del lugar podemos añadir el sentido común y el progreso político de sus habitantes:

“La civilización y la organización política fueron las consecuencias naturales de la prosperidad de este territorio para los turdetanos; también lo son para los célticos a causa de su vecindad -según ha dicho Polibio por su parentesco-, pero en un grado menor (pues la mayor parte viven organizados en aldeas); en cambio, los turdetanos, y especialmente los que habitan junto al Bétis, se han convertido completamente al modo de vida de los romanos y ya no se acuerdan ni de su propia lengua: la mayoría se han convertido en latinos y han recibido romanos como colonos de forma que falta poco para que sean todos ellos romanos; las ciudades mixtas que se han fundado en la actualidad, Pax Augusta entre los célticos, Augusta Emérita entre los túrdulos y Cesar-augusta en los dominios de los celtíberos, y algunas otras colonias ponen de manifiesto la transformación de las mencionadas organizaciones políticas. Y en efecto todos los iberos que han adoptado esta forma de comportamiento son denominados togati (entre estos se incluyen también los celtíberos que fueron considerados en un tiempo los más salvajes de todos). Y esto es lo que hay que decir sobre los turdetanos”.

Como ocurre con casi todo lo que afecta a Andalucía, diversos investigadores y autores contemporáneos, armados con una enorme carga de sensatez, han visto en este relato de Estrabón una serie de inconsistencias, exageraciones y leyendas elevadas a la categoría de historia. Todo el trabajo estraboniano se pone en cuestión, historiadores como Gómez Espelosín, Cruz Andreotti (autores del libro en el que se basa este análisis) y otros, no dudan en afirmar que se trata de una literatura paradoxográfica, una atracción de la mente griega por lo supuestamente extraordinario y una curiosidad por las costumbres y tradiciones de pueblos exóticos, con una tendencia idealizadora. Igualmente comprueban la inclusión en este trabajo de “una topografía mítica asociada al extremo occidente, fundamentada en etimologías fáciles, y que cualquier geógrafo serio debe rechazar”. Bien, aún a costa de parecer poco serio, algo sí debe quedarnos claro: las investigaciones y relatos incluidos en esta Geografía están más cercanos en el tiempo a lo descrito que las deducciones realizadas a finales del siglo XX o comienzos del XXI. Evidente, ¿verdad?

Otros han acusado a Estrabón de ser simplemente un copista que se aprovecha del trabajo desarrollado por sus antecesores, pero si examinamos en profundidad su Geografía podemos ver cómo analiza, no sólo geográficamente sino etnográficamente, tanto el territorio como los individuos que lo habitan. Y ese análisis nos muestra un pueblo, el bético-turdetano, con unas

características singulares, tanto para lo bueno como para lo malo, características que, como es fácilmente comprobable, han llegado hasta nuestros días.

Nuestro geógrafo no alberga duda alguna: se trata de un proceso comenzado hace muchos años y que no tiene vuelta atrás. Es la voluntad de un pueblo, son las condiciones naturales, históricas y, sobre todo, la voluntad ciudadana, quienes propician este desarrollo. El alto grado de organización social, política, cultural y jurídica que encuentran los invasores romanos únicamente necesita un pequeño empuje por parte de los nuevos dueños del territorio. Roma consolida un devenir imparabile y ya iniciado. Aporta la latinidad, la universalidad de su propuesta, hace posible la circulación y el intercambio de riqueza con la construcción de calzadas que comunican fácilmente distintas ciudades, ejerce el control territorial y, muy importante, une las diferentes “polis” bajo un mismo mando.

Pudiéramos preguntarnos cómo fue posible el conocimiento detallado que un griego, con cultura y educación científica latina, muestra sobre costumbres y modos de vida indígenas, algo imposible si no existiera empatía entre individuos de diferentes etnias. La explicación podría encontrarse en el grado de progreso descubierto en la civilización turdetana, heredera de la tartésica. Mezclando historia y leyenda, mitos y realidades, Estrabón nos acerca a unas tierras habitadas por un pueblo cuyo devenir histórico se inicia miles de años atrás. La legendaria Tartessos comienza aquí a tomar forma. Las colonias fenicias, griegas y romanas, sus economías, haciendas y curiosidades, son descritas de una forma coherente y considerada, aún teniendo en cuenta su carácter foráneo. Los habitantes autóctonos son tratados con respeto y admiración.

En contraposición, nuestro autor nos muestra los territorios más septentrionales describiendo de una forma bastante precisa a las razas y pueblos que los habitan, incide más en la cuestión etnográfica. Para él, se trata de pueblos sin historia ni civilización hasta la llegada de Roma.

Podíamos ver aquí la eterna confrontación entre la montaña y el valle, el continuo enfrentamiento entre agricultores y ganaderos. El bandidaje de unos pueblos que ven en el robo y la rapiña una forma fácil de subsistir y el sentir de otros que inciden en la convivencia y en el trabajo de la tierra para poder avanzar en su desarrollo como seres humanos. Los guerreros contra los campesinos.

Cobra aquí también toda su intensidad el mito del rey tartésico Habidis, inventor de la agricultura, de la roturación de las tierras. El gobernante que elaboró leyes en verso, dividiendo la sociedad en siete clases diferentes y prohibiendo las labores serviles. Y lo hace en el territorio que hoy conocemos con el nombre de Andalucía, cuando el resto de la península Ibérica podía definirse, y parafraseando a Herodoto, como un “territorio virgen”.

Durante la vida de Estrabón el Mediterráneo vive tiempos convulsos y cambiantes. El imperio, Roma, pierde un buen número de habitantes forzados a participar en las interminables guerras de conquistas y, una vez conseguidos

los objetivos bélicos, obligados a colonizar los extensos territorios invadidos. A su vez, la península italiana ve llegar a prisioneros, a esclavos con sus familias y a habitantes de los lugares invadidos que encuentran en la metrópoli el lugar donde penar su desgracia o el sitio soñado para progresar y desarrollar sus ambiciones. Todo ello transforma sustancialmente el mapa étnico de la región mediterránea, inalterable desde siglos atrás.

La supremacía del imperio romano sobre los griegos se transforma de una manera constante e inexorable. Nadie duda del poderío militar de Roma, pero la cultura griega se introduce, al principio de manera suave entre las clases más cultas y acomodadas y, posteriormente y sin perder intensidad, entre el pueblo llano. Cuando Estrabón ve la luz, Roma lleva casi dos siglos de helenización.

La Turdetania -cada vez más Bética y menos Turdetania- vive intensamente ese intercambio humano y social iniciado por los tartésicos, predecesores de los turdetanos, setecientos años atrás. A diferencia del resto de la península, el territorio que actualmente conocemos con el nombre de Andalucía lleva miles de años viendo una mezcla de razas y culturas que le ha permitido enriquecerse y enriquecer a su vez a todos los pueblos con los que se ha mezclado. La convergencia étnica marca el devenir de un pueblo y, aunque parezca una incongruencia, lo define y delimita.

Un griego con cultura romana lo describe para la eternidad. Así lo podemos comprobar en un libro titulado "Geografía de Iberia", escrito en los comienzos de la era cristiana. Y aunque es necesario reconocer que ha sido leído con ojos andaluces, se hace imposible negar su existencia.

Por ello, me permito finalizar con un epítome recopilatorio: hace dos mil años, Estrabón nos habla de una tierra, feraz y productiva, de un clima excepcional, de un mar exuberante, de una producción minera ubérrima, de un territorio con unas condiciones edénicas habitado por un pueblo culto, civilizado, trabajador y amante de la paz. De una nación con unas características étnicas, sociales y culturales perfectamente definidas.

De un pueblo, de una nación... Hace dos mil años...

Este análisis está basado en la traducción efectuada por el profesor titular de Historia antigua en la Universidad de Alcalá de Henares *Francisco Javier Gómez Espelosín* y publicado en el año 2007 por Alianza Editorial, con comentarios de *Gonzalo Cruz Andreotti* y *Marco V. García Quintela*, en su colección Clásicos de Grecia y Roma.

tomasgutier@cheltron.com

Andalucía, Otoño 2011